283

CARTA XL.

Mariano a Antonio.

Antonio mio: Desde que salimos de la mesa volvimos á enlazar la conversacion que dexamos interrumpida, y fué tan larga que duró hasta la noche. Ya comprehendes que es imposible que yo te repita con exâctitud todo lo que se dixo en aquellos largos discursos; pero como mi objeto es únicamente darte una idea de lo mas substancial, dexando aparte todo lo que mi amigo y yo pudimos decir, procuraré resumirte lo que me parece mas importante, y que nos dixo el Cura, el qual tenia mucha instruccion en estas materias.

Despues de algunos discursos vagos nuestro digno Pastor nos dixo: Señores es increible el extremo de ceguedad y malicia á que puede llegar el corazon del hombre, quando no teniendo la instruccion necesaria de la Religion, se aleja de la única regla que le pudiera dirigir, y se entrega á las luces falaces de una razon obscura que le abandona al ímpetu de sus pasiones.

¿ Quién puede dexar de conocer que la razon del hombre queda tan obscurecida por la culpa de su primer origen, que le lleva insensiblemente al error; su voluntad tan sin vigor, que se dexa arrastrar de la falsa dulzura del vicio; y que necesita de todo su esfuerzo sostenido por un auxílio superior para resistir á las malas inclinaciones de una naturaleza depravada, y

DEL FILOSOFO poderse encaminar á la verdad y á la virtud?

Estos Sofistas muy orgullosos de su propia razon pretenden que ella sola basta para guiar al hombre en todo el laberinto de su vida. Dicen que teniendo esta antorcha que los gobierna, no necesitan de luz sobrenatural que los dirija; pero que consulten la historia de todos los siglos y de todas las Naciones, y veran que desde que soltáron este hilo que solo podia encaminarlos, cayéron en toda especie de los mas vergonzosos errores. Verán que no 1éjos de su primer origen, y casi al salir de las manos de Dios, quando por su primera dispersion se viéron forzados á dividirse en diferentes poblaciones abandonadas á su propia luz, perdiéron la verdadera idea de la Divinidad.

Las Naciones mas cultas, los Filósofos mas sabios se precipitáron en las idolatrías mas groseras. ¿ Pero qué prueba mayor que la que nos presentan los incrédulos de nuestro siglo? Estos hombres sectarios de una fatal Filosofia que se ha extendido tanto en nuestros dias. No permita Dios que yo censure con la menor amargura á la Filosofia sana y verdadera que es tan digna de nuestra estimacion, como la otra es el horror y el oprobrio de la humanidad. Yo sé que la buena Filosofía no es otra cosa que la investigacion de la verdad, el amor de la sabiduría, y el buen uso de la razon que se esfuerza con su luz natural á conocer el mérito y las ventajas de la virtud.

Sé tambien que la Filosofía Christiana no es otra cosa que este mismo estudio de la verdad, uniendo con las leyes naturales de la razon y la experiencia las sobrenaturales, elevadas por los motivos de la revelacion; y que

Nn 2

esta con las altas esperanzas que le añade, aumenta sus estímulos, y los hace mas vivos para consagrarse á todas las virtudes. No ignoro, digo, que esta divina Filosofía es la continua ocupacion de los justos, y fué el único estudio de los Santos.

Hablo solo de aquella Filosofía falsa y pervertidora que tanto se ha difundido en estos tiempos; de aquel arte pérfido y seductor con que ciertos hombres por otra parte dotados de ingenio han intentado á fuerza de calumnias y sofismas corromper el moral, desfigurar las virtudes, y han pretendido desquiciar todos los principios de la Fe. Arte diabólico digno de la perversidad de nuestros dias, y que ha corrompido una parte numerosa de la generacion actual: sistema que ha lisonjeado á muchos disolutos, y que ha alucinado tantos ignorantes. Esta no deberá llamarse Filosofía sino sofistería: sus partidarios no son Filósofos, sino Filosofistas, y con mas propiedad Sofistas, porque el sofisma es la única arma ó el único instrumento de que se sirven para multiplicar sus errores.

Desde el orígen del mundo ha habido incrédulos, porque con él naciéron las pasiones. Jesu Christo mismo nos anunció la necesidad de los escándalos; y quando prometió su proteccion á la Iglesia, implícitamente la predixo que tendria enemigos y combates. Es claro que nunca mas se necesita del piloto, que quando la nave fluctúa en la borrasca. Así sin hablar de la dispersion de los hombres que fué causa del olvido de Dios y de la idolatría, apénas nació la Religion Christiana quando ya se la contaban furiosos enemigos.

Todos los siglos y todas las Naciones han tenido los suyos. Pero entónces los errores no podian ser muy contagiosos, porque no era tan fácil propagarlos. La Imprenta no estaba descubierta. Los libros eran raros, y mas raros los lectores. Todo se terminaba en una disputa entre sabios, en un combate entre eruditos, y tanto el ataque como la defensa eran conocidos de pocos. Ademas de esto en aquel tiempo los hombres no se atrevian todavia á soltar todas las riendas, ni á quitarse todos los velos del pudor; y si hubiera habido temerarios de esta especie, no hubieran encontrado auditorio que escuchase sus errores sin indignacion.

Entónces la fragilidad podia arrastrar al vicio; pero la educacion y el exemplo contenian en el dogma: los mas disolutos en las costumbres no lo eran siempre en los discursos: violaban los preceptos sin insultarlos, prevaricaban la ley sin desconocerla, y en medio de su desórden y de sus extravíos conservaban un secreto respeto al culto establecido, y á la esperanza de su conversion. Si algunos se atrevian á contristar la Iglesia era con la máscara de la hipocresía, la tributaban un respeto exterior, y se cubrian con el pretexto de su defensa. Hasta Lutero y Calvino, lobos carniceros que hiciéron tanto estrago en el rebaño Católico, se vistiéron con la piel de corderos. No pretendian ser enemigos de la Iglesia, sino ántes aspiraban á parecer sus reformadores. Protestaban no combatir contra ella, sino por ella.

Este estado de cosas duró hasta la mitad de este siglo; pero desde entónces la mayor comunicacion de las ideas entre los hombres por la facilidad que les daban el comercio y la Imprenta, y al mismo tiempo un cierto grado de ilustracion en las Artes y Ciencias naturales fuéron la ocasion de que se propagara este contagio con rápida violencia. Ya Bayle en el siglo anterior con pretexto de indagaciones y de dudas habia dexado á los instruidos muchas semillas de Pirronismo. Pero estas maléficas plantas no fuéron cultivadas mas que por pocas manos de literatos; no pudiéron difundirse entre los pueblos, ni en las gentes sencillas y ocupadas, que conservaban con fidelidad el depósito de la fe que les dexáron sus mayores.

Nuestra edad desgraciada es la que ha visto crecer como la espuma esta súbita subversion de las ideas que debe su origen á los esfuerzos de la falaz Filosofia. Al principio tímida y vergonzosa no se atrevió á deseubrirse por entero, y sus primeros pasos fuéron lentos, porque los daba con astucia y cautela; pero viendo que la novedad y la lisonja de sus doctrinas penetraban y pervertian muchos corazones, fué tomando aliento, y se atrevió á multiplicar y á desenvolver sus máximas corruptoras; y viéndose en fin acompañada y aplaudida, abrió todas las puertas al error, y soltó todos sus diques para inundar al Universo en sus delirios: se quitó la solapa con que se cubria, y emprendió trastornar todas las ideas de la Religion, la magestuosa dignidad de su culto, y la santa austeridad de su moral. Erigió la impiedad en sistema, la corrupcion en principios. No contenta con seducir la fragilidad de los hombres quiso tambien alucinar á su razon: se esforzó á

desfigurar las virtudes, y á deprimir las verdades: trabajó por arrancarlas del trono en que la Religion las tenia para sentar en él el vicio: osó mostrarse sin máscara tomando con desvergüenza el inmundo aspecto de la impiedad; y hasta el asqueroso y demente Ateismo se atrevió á presentar con descaro su feo y denegrido rostro.

Yo ví algunos de estos tristes efectos en mis viages. No puedo negar que encontré á cada paso personas muy religiosas, sobre todo en la edad provecta: que traté con Curas excelentes, que tuve noticia de Obispos exemplares, y que ví mucha Religion y mucho culto; pero tambien debo decir que no dexé de encontrar en mi camino mozos atrevidos que sin mas experiencia que la que podia darles su corta edad, ni otra instruccion que la de los libros disolutos y frívolos, hablaban del culto con desprecio, y de la Religion con desacato.

Con esta ocasion hago memoria del suceso que voy á referiros. Un dia entré en un Café, y me senté por acaso junto á un jóven que estaba vestido con primor, y que hablaba de todo con un tono atrevido y satisfecho. Poco á poco se resbaló á hablar de la Religion; y acaso porque sospechó que yo era Español, y porque nuestra Nacion pasa por supersticiosa entre esos libertinos, se desató en improperios y mofas contra los objetos mas dignos de respeto, y todo esto lo decia dirigiéndose á mí. Yo no creí prudente entrar en lid con un mozo atrevido en un lugar público, y con un auditorio que estaria quizá mal dispuesto; pero no pude contenerme, y despues de haberle escuchado con lástima le dixe:

Vos decis, señor, muchas y diferentes cosas; pero sin tener el honor de conoceros, apostaria que vuestros abuelos, y quizá vuestro padre mismo no las escucharian sin horror. Es bien extraño que los hombres mas ilustres, los Turenas, los Eugenios y otros héroes que cubiertos de gloria sostenian el estado; que los Pascales, los Dagueseaux y tantos millares de sabios que le instruian y gobernaban fuesen tan simples que en medio de su gloria conservasen con respeto la fe que les dexáron sus mayores, y que vos con vuestros años sepais ya mas que los mayores sabios. Andad, señor, es menester haber vivido mucho y estudiado bien su Religion ántes de pronunciar contra ella opiniones tan atrevidas. El mozo me respondió no sé qué fruslería como burlándose de mi ignorancia, y haciendo una fisga nos volvió la espalda y se fué.

Yo quedé afligido considerando el triste estado de la Religion, quando otro mozo que parecia distinguido, que tenia un aspecto muy decente, y que lo habia escuchado todo se acercó á mí, y poniéndose á mi lado me dixo: ¿Qué juicio hareis, señor Extrangero, de este pais? Pero vos no debeis juzgar precisamente por un mozo sin cabeza que no habrá tenido una educacion Religiosa, que ahora está sometido al impetu de sus pasiones, y quizá en batalla con sus remordimientos está buscando en la impiedad el modo de sosegar sus inquietudes.

Es verdad que esta manía es nueva, y que este modo tan atrevido de discurir se ha multiplicado mucho en nuestros dias. Lo que habeis dicho á ese jóven insensato es cierto. Nuestros padres no hablaban ni pensaban así; y por una fatalidad deplorable el carácter que distingue el tiempo en que vivimos del pasado, es que el vicio ya no puede ni sabe separarse de la irreligion. ¿Y de qué causa proviene esta tan inmensa diferencia entre épocas tan vecinas? ¿Qué es lo que ha podido producir un trastorno tan espantoso en materias de la mayor importancia? Esto es, Señor, lo que os debe sorprehen-

Un hombre dotado de mucha imaginacion, pero devorado por una ambicion desenfrenada de celebridad, y á quien circunstancias infelices pusiéron en este camino detestable, alentado con el aplauso que le produxéron en su juventud algunas opiniones atrevidas, poco á poco fué creciendo en arrojo, y llegó al extremo de querer persuadir á su siglo que todo lo mas santo era una pura supersticion. El insensato seducido por la celebridad de algunos jóvenes libertinos ó de literatos corrompidos se imaginó que lo podia conseguir, y se complació con la vanidad de ser el Patriarca, y promotor del mas deplorable trastorno que pudiera padecer el universo; pues si hubiera podido propagar por la tierra sus caprichos de incredulidad, hubiera exterminado todo gobierno, y hubiera reducido las Naciones al desórden y la

La fecundidad de su imaginacion exâltada, y la fuerza prodigiosa de su ingenio debieran haberle hecho uno de los hombres mas útiles en las Artes; pero su empeno bárbaro y absurdo le hiciéron degenerar en el mas pernicioso monstruo que han producido las edades. Su 00

Tom. IV.

encarnizado furor contra los principios del Moral y de la Religion le han transformado en un monstruo maléfico, que ha cegado y corrompido todas las naciones. Jamas hombre ninguno hizo tanto mal á los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la prevaricacion de tantas gentes, y este es la causa principal de los extravíos, impiedades y escándalos de nuestro siglo.

Yo quedé tan edificado como gozoso con el discurso de este mozo excelente, y dí gracias á Dios en mi corazon de que en medio de la inundacion general siempre se reserva su pueblo de escogidos. Allí deploramos el que una parte de la generacion actual estuviese ya contagiada de peste tan mortífera, y que tantos padres infestados ellos mismos, ó sumergidos en el golfo de sus ocupaciones ó placeres descuidasen de la educacion Religiosa de sus hijos.

Allí nos dolíamos tambien de la indolencia del Gobierno de algunos paises, en que se permitia á los Sofistas publicar á rostro descubierto el secreto de su iniquidad, dando lugar á que tanta juventud incauta y poco instruida se dexará arrastrar al precipicio con la lisonjera seduccion de su estilo, y la brillante osadía de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el Clero siendo él mismo tan instruido y tan zeloso no hubiese podido poner freno con una educacion mas sólida y fundamental, que hubiera preservado á nuestra edad de daño tan irreparable; y despues de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instruccion y su zelo, nos separamos con promesa de vernos allí otras veces.

Tanto por sus noticias como por otras que recogí despues, supe que en efecto este infeliz Voltaire es el que mas ha contribuido á extender y dar vuelo á la incredulidad. Yo os diré en pocas palabras lo que pude saber de su persona. Este hombre por desgracia de su siglo nació con sobresaliente imaginacion; su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de la Literatura y de las bellas Artes.

Pero esta habilidad reconocida solo pudo verificarse en objetos de puro agrado, en la Poesía, en la diccion, en las ciencias amenas, ó en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con mas ingenio que juicio, con mas malignidad que buena fe, y en todo con pasion, y sin amor á la verdad. En las ciencias exâctas fué poco profundo, y en la mas importante de todas que es la de la felicidad eterna, no solo por vanidad cayó en los mayores extravíos, sino que aspiró á ser xefe de secta, y arrastró consigo á gran número de sus contemporáneos.

Este hombre tan singular, de quien los perversos de los siglos futuros hablarán con asombro; pero de quien si se enmiendan, hablarán con horror, desde su niñez descubrió las centellas de un ingenio peregrino; pero tambien dexó entrever algunas chispas de su disposicion á la incredulidad. Tournemine su Maestro, varon sabio y religioso predixo, y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó á la edad de veinte años, ya se pudiéron brujulear algunos rasgos que espantáron por su novedad y su osadía. Los cuerdos gimiéron; pero los libertinos lo celebráron.

Este aplauso insensato excitó su amor propio, y le inspiró el deseo de aumentarle á costa de la Religion; pero no era fácil dar entónces toda la rienda á su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavia hasta el punto á que ha llegado hoy. Él mismo fué el que le acabó de corromper. Por lo que si entónces algunos jóvenes disolutos aplaudiéron sus impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

Le fué pues preciso contener, aunque con pena, su natural inclinacion, y caminar á la celebridad con la rienda sujeta, pero sin abandonar tampoco los intereses de su falsa gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dexó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunos principios del funesto sistema. Estas eran semillas que se iban derramando, que crecian en las tierras ya preparadas, y que eran mas fecundas, porque salian dispersas en obras que aprobaba el buen gusto, y agradaban al ingenio.

Entónces estas obras no eran mas que tragedias, poesías fugitivas, libros de Historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad; pero todas marcadas tambien con el sello de alguna doctrina impía, de alguna máxima contraria á la moral, ó de algun error propio á pervertir las costumbres. Y estos principios, aunque por entónces arrojados con embozo, y diseminados con parsimonia, no dexaban de ser peligrosos y producir terribles efectos, porque eran sierpes venenosas que venian escondidas entre las flo-

res del estilo, y entre las demas bellezas que adornaban la obra.

Es muy dificil resistir á la tentacion del propio natural, sobre todo quando la sostienen el deseo y la esperanza de la celebridad. Así Voltaire á pesar de los sentimientos de pudor que gobernaban á la parte sana de su Nacion, á pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco á poco fué soltando las riendas, y se abandonó al impetu de su malignidad. Despues de algunos años de una sujecion tan violenta como penosa y forzada se dexó dominar por su rabia, y multiplicó tanto en sus producciones posteriores los sarcasmos y las ironías contra la Religion, abusó tanto de su ingenio para desfigurar las verdades, y corromper las costumbres, que al fin forzó al Gobierno á que le mandase salir de su patria.

Entónces fué á Prusia convidado por su Rey el grande Federico. Este Soberano tan instruido, tan político y tan ilustre General, tenia la desgracia de ser incrédulo, y la flaqueza de reunir y formar los placeres de su íntima sociedad con una tropa de Literatos del mismo calibre, que hizo venir de diferentes estados de la Europa. Allí se hallaban congregados Maupertuis, Lametrie, Dargens y otros muchos, que se habian hecho famosos por esta especie de escritos que brillan por aquella ciencia que hincha, y por el orgullo que embriaga.

El Rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus dias laborio-